

Viva

REVISTA DIARIA DE LA NACION

SECCION B

6 DE DICIEMBRE DE 1998

Evocación del MAESTRO



EL ÚLTIMO RETRATO. El fotógrafo Paúl Aragón captó al maestro en su estudio.

El pintor supo vivir

la vida e hizo con ella

su mejor pintura

MIGUEL CASAFONT BROUTIN
Para La Nación

El pasado jueves no podía yo creer lo que Sadie, mi amiga y compañera de estudios, me decía: don César —como siempre lo llamamos sus alumnos— se había ido, había dejado de pintar para siempre. Ella, su hermana, apenas me lo podía

repetir.

De inmediato, el laboratorio de mi memoria empezó a buscar, entre la alquimia del recuerdo, las fórmulas necesarias para que las imágenes empezaran a formarse. Mi primer recuerdo de él es el chiste de la clase de Historia del Arte, donde se memorizaban cientos de diapositivas, y siempre entre los alumnos decíamos: “Acuérdense de que el retrato de Gaugin se parece a don César Valverde.”

De nariz aguileña, larga y afilada; con un arco pintado de un solo brochazo que hacía de bigote, y dos ojos como esferas saltanas, Valverde era el director de aquella Escuela de Artes Plásticas de hace 20 años.

Desde su oficina azul y violeta, donde brillaba un mármol blanco de Domingo Ramos, don César ejercía como emperador de una Roma donde el Senado incluía

a Néstor Zeledón, Lola Fernández, Luis Daell, José López y Juan Luis Rodríguez, entre otros.

La Academia era entonces el lugar donde Fabio Herrera pintaba puertas viejas, Herbeth Zamora trabajaba con una motosierra, Ana Martín era la reina universitaria manchada de trementina y óleo, y yo abarrotaba los pasillos con exposiciones de arte *kitsch*.

Fue maestro de pocas palabras, salpicaba las clases con el suave oleaje de su humor, anécdotas de la niñez y sus viajes de estudios. Así supimos cómo de pequeño conoció a Gonzalo Morales y nació su deseo de ser pintor. También nos enteramos de su viaje a Italia, de donde trajo las líneas que desde siempre rasparon de negros contornos a sus cuadros. Con un ojo certero para la crítica, sus observaciones eran gentiles, precisas, detalladas, y, sin

ser crípticas, eran dictadas en su perfecto castellano.

Don César pintó una y mil veces el rostro de una mujer cuyas pupilas parecen navegar en un bote a la deriva, con cabellos de arcilla y boca de luna menguante: imagen que quizá fue inspirada en su hija Rocío, para dar rencor a quienes no soportan la repetición.

Paisajes, bodegones y figuras de fríos anaranjados y cálidos azules formaban parte de aquella exhibición que, por casualidad, me tocó ver desempacar en julio del año pasado. “Es que yo soy colega doble de ustedes: de tu papá por lo de abogado, y tuyo por lo de pintor. Aquí podés ver que en tantos años he hecho muchas cosas, hay variedad temática, y lo importante es que todo está dentro de mi estilo”, me contó entre óleos, acrílicos, grabados, dibujos y serigrafías. Era el montaje de su retrospectiva en la galería del Museo de los Niños.

En un país donde la cultura oficial parece comandada por inmortales que ganaron su rango al destapar la chapita premiada del refresco del poder, con sus sabores de arte, danza y teatro, don César pintó rodeado de admiración y negación.

El rencor, la desvalorización o cualquier otra iniquidad siempre han sido los trajes de los artistas independientes, y él no fue la excepción de esta sastrería de alfileres y tijeras que cosen, punzan y cortan modas y tendencias.

Aunque su obra es, para muchos, de fácil lectura, Valverde no necesitó cortarse una oreja o viajar hasta donde los aztecas para ser feliz pintando, y dudo mucho de que sus cuadros puedan ser catalogados como estampas para la tapa de una caja de galletas. De hecho, su pintura es el resultado de una vida dedicada al estudio.

Muralista insigne, sus grandes formatos tapizan las paredes de muchos edificios con sus colores del trópico y sus telas están impregnadas de la felicidad de un trabajador tenaz.

Sentado frente a una computadora que borra cualquier trazo de sensibilidad, siento la nostalgia por la vida de don César, pero no teñida de la envidia grosera con que muchos lo castigaron —porque solo en el arte se tiende a juzgar sin comprender—. Lo mío es apetecer esa vida de 50 años dedicados al oficio de pintar.

A este hombre lo sobreviven sus obras, las memorias de quienes conocimos en él a un perfecto caballero y a un artista que pintó lo que siempre quiso, sin saber que la vida nos apagaría el faro de su existencia, antes de que la nave del nuevo siglo atracara en la playa de su querida Montezuma.